

Poesía Femenina

POR MARIO ANGEL MARRODÁN

MARÍA DOLORES ARROYO

Nacida en Barcelona y casada con el poeta Fernando Gutiérrez, aunque revelada ya a pesar de su latente apartamiento en revistas y publicaciones, casi desapercibida por ser dada a conocer a tan pocos, no obstante concurrió al «Premio Boscán» con un libro, mereciendo mención, al igual que en el concurso de poesía breve de «Correo Literario».

Sabemos que contra esa oscuridad publicitaria existe una brillante realidad espiritual, que costela y supera temas de profundo sentido humano; lástima actual de esta rotunda esperanza que si hoy apartada, algún día hemos de saludar y afirmar como merece.

LOS PRESAGIOS

Es hora de despojarnos,
de aceptar las cosas como son,
sin lamentarnos por tener que rasgar los disfraces que encubren nuestra forma.
La hora de arrancarnos la máscara
con la que desfiguramos la verdadera expresión de nuestro rostro.

La hora de liberar nuestra garganta
para proclamar el grito de terror
que corre a lo largo de nuestra vida oscura,
de nuestra existencia malograda.

La hora de dar independencia a nuestro lenguaje
para que, en un idioma universal,
podamos decir a los cuatro vientos
que tenemos miedo.
Porque mientras nacen incesantemente miles de seres,
cantan pájaros y se suceden las primaveras,
se avencinan caminos de noche
y la tierra está amenazada por los cuatro signos del Apocalipsis.

Porque nuestros ojos se hacen ya clarividentes,
y surgen a la luz las profecías.

Porque vamos rodando tristemente
estremecidos por un viento que ha azotado miles de siglos.

Porque tal vez nuestra generación de hombres tristes y sin esperanza
es la predestinada,
y se desplomará sobre nosotros un mundo
inexplicable y transitorio,
y habremos sido en el universo
sólo un inefable suspiro
que ha de desvanecerse lo mismo que un murmullo
o un vívido relámpago.

Y todo se extinguirá como un crepúsculo
o se evaporará como una fragancia o un aroma.
Y de nada habrá servido amar, llorar y sufrir una existencia.
Porque todo pasará como se desvanece un sueño,
dejándonos solitarios y desolados,
árboles desposeídos de ramas y de frutos.

Y nos explicaremos entonces los funestos presagios
y por qué era ya hora de llorar por nuestro destino triste e inexorable
sobre el que pesa la resonancia de la muerte
y la tristeza irremediable de una remota eternidad.